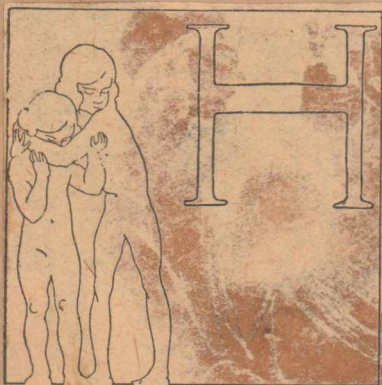


# La Novia de los

13

## Tristes Destinos

sesenta



ACE treinta años que los novios leían y aprendían de memoria las Poesías de Manuel Acuña y las “Pasionarias” de Flores. Se sabía entonces que Acuña, después de escribir el “Nocturno”, se había suicidado, y se repetían vagas historias sobre sus trágicos amores. Se sabía también que Manuel Flores, el poeta de los delirios eróticos, estaba ciego y abandonado, y que, desde la sombra, lanzaba dolorosas quejas que no hallaban eco en

la tierra. Todas estas cosas trágicas gustaban a los novios. Entonces, era de buen gusto ser un si es no es triste, y no estaba mal un poco de drama, aun en los amores más apacibles y burgueses. El romanticismo no se había ido del todo, y no se concebía corazón que no apresurara sus latidos cuando se escuchaban los melancólicos versos:

“Comprendo que tus besos  
Jamás han de ser míos,  
Comprendo que en tus ojos  
No me he de ver jamás.”

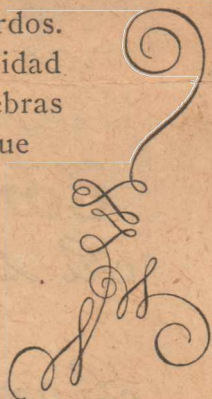
Todo esto que hoy nos parece cursi, no lo era entonces, y los novios, con las primeras flores, regalaban a sus novias los dos tomitos de Acuña y Flores, editados por el librero Bouret, encuadernados en tela roja, con atributos y leyendas doradas y los retratos de los bardos mejicanos.

En aquella época, era la época de las viejas quintas, se tropezaba en las tardes estivales, a lo largo de las alamedas del Paso de Molino y del Miguelete, con graciosas y delicadas mujercitas que, sentadas en los bancos, leían absortas el pequeño libro de tapas rojas.

Desde entonces los novios han leído muchos otros poetas y hoy, acaso, no leen ninguno. Acuña y Flores han quedado relegados a las viejas

bibliotecas de familia, y los versos del "Nocturno" corren por el mundo con música de organillo, sin que por ello se apresure el latir de los corazones.

Sin embargo, hubo un corazón, que recién acaba de cesar de latir, que conservó vivo y palpitante el recuerdo de los dos poetas. Ese corazón fué el de Rosario, la mujer que amó apasionadamente a Flores y por quien Acuña se quitó la vida. Rosario de la Peña y Llerena, "Rosario la de Acuña", como se le llama en Méjico, falleció ~~hace apenas cinco meses~~ en su casa solariega de Tacubaya. Acababa de cumplir sesenta y siete años y su serena ancianidad contrastaba con su tormentosa juventud. Sus dramáticos amores apenas habían dejado un velo de melancolía sobre su frente marchita. Rosario de la Peña fué la mujer más bella de Méjico. Manuel Acuña, en plena efervescencia juvenil, se prendó de ella, y aquellos tristes amores tuvieron trágico epílogo. El poeta se suicidó con un tósigo, después de escribir en el álbum de Rosario, su testamento sentimental. El suicidio de Acuña enlutó los mejores años de Rosario; pero, la tragedia, no cegó las fuentes de su corazón. Amó más tarde al coronel Espinosa Gorostiza, y, próximo a realizarse la boda, una nueva tragedia puso fin al idilio: Espinosa fué muerto en duelo por el coronel Arruvinia. Años más tarde, el poeta de las "Pasionarias" conquistó el herido corazón de aquella mujer. Rosario se entregó a aquel nuevo amor con el presentimiento de que una nueva desventura se cernía sobre su vida. Y esta desventura llegó; antes de que los enamorados se unieran, el poeta quedó súbitamente ciego, enfermó luego, y murió poco después en brazos de la infortunada mujer. Rosario vivió desde entonces para sus recuerdos. El tiempo cicatrizó las heridas de su corazón y la serenidad llegó a su alma cuando los años orlaron con plateadas hebras su frente tan combatida por la adversidad. Los ojos en que el poeta suicida creyó no verse jamás, se cerraron, por fin, una tibia tarde estival, en medio de la quietud de la casa solariega, mientras cantaban los pájaros y se abrían las flores que alegraron la viudez sentimental de la doncella mejicana, a quien puede llamársele con verdad, la novia de los tristes destinos.



1924

Raul Montero

Bustamante